

## Va de funcionarios

No me recrearé en la polémica sobre la congelación salarial a los funcionarios, cuestión recurrente en tiempos de crisis y fácilmente utilizable por el demagogo de turno, que no tardará en decir que la fijezza en el empleo puede ser compensable con congelación (es decir, disminución real del salario), como si los trabajadores públicos no tuvieran familias que mantener, degradando de pasada el concepto de estabilidad laboral, ese desiderátum que se predica constantemente respecto de los trabajadores de las empresas privadas. No es mi interés hablar de esto. Acaso en otra ocasión.

Me detendré un poco en el concepto de inamovilidad del funcionario que, por lo demás, tampoco es absoluto. Deriva éste de la necesaria profesionalización de una función pública que ha de mantenerse ajena a los vaivenes políticos. No hace falta recordar qué pasaba en el siglo XIX, cuando las cesantías estaban a la orden del día y tras cada cambio de gobierno una legión de servidores públicos marchaba a su casa. Léase a Galdós y, a mayor abundamiento, reflexiónese sobre la aseveración de Víctor Cadalso, cínico personaje de *Miau*, que predicaba que *donde quiera que existe el haber de un servicio hay el debe de una comisión*. Una administración pública estable y profesionalizada debe ser garantía de neutralidad política, eficacia y honradez.

Es cierto, negarlo sería de estúpidos, que hay vicios adquiridos por corregir. Que es menester desterrar el cochambroso espíritu que Larra denunciaba en *Vuelva usted mañana*. Costará trabajo eliminar el estigma que marca cuasi indeleblemente al funcionario y lo señala como ineficiente. Pero, por fortuna, las administraciones públicas de hoy poco o nada tienen que ver con las

de hace años, incluso los usuarios van desterrando paulatinamente el antiguo concepto que rezaba que sólo quien tiene padrino se bautiza. Poco a poco.

Tampoco tiene culpa el funcionario de que las administraciones, en tantos casos, estén sobredimensionadas y el gasto en personal sea descomunal. El culpable es quien diseña. Y, no lo olvidemos, sobre todo hay superrávit de altísimos cargos y personal eventual o, para entendernos, mejor, de confianza o, como diría un castizo, *de la cuerda*. El funcionario de a pie ocupa su puesto de trabajo después de sufrir una oposición, no por libre designación de nadie.

Es preciso que los empleados públicos, si la burocracia no lo impide, se constituyan en firmes aliados del ciudadano, y, que a quienes compete, muy especialmente lo sean del empresariado, insoslayable motor de la economía. El trabajador público no tiene por qué tener mentalidad empresarial, pero sí es conveniente que se esfuerce en comprender qué elementos de aquella pueden ser de utilidad al servicio público y vea de qué manera puede ayudar a quienes generan riqueza. Esto, claro, debe obedecer a un diseño burocrático bien enfocado *desde arriba*: si la Administración no trabaja en ese sentido, nada puede hacer quien, en el último escalón, atiende al administrado en su oficina.

No quisiera dejar en el tintero una reflexión en clave local. El peso de los trabajadores públicos en la economía de Zafra es apabullante. A ojo de buen cubero, rebasamos el millar. Mil familias con ingresos estables (y transparentes) en una población de poco más de dieciséis mil habitantes, es mucho. Un viejo eslogan predica que somos ciudad *comercial, industrial y de servicios*.

Buena parte de estos últimos los prestan las administraciones públicas. Sumen: juzgados, Guardia Civil, Ayuntamiento, Diputación (Bomberos, Organismo Autónomo de Recaudación, Oficina Comarcal), Agencia Tributaria, Seguridad Social, Educación (2 institutos, 4 colegios, Centro de Adultos, Centro de Profesores y Recursos, Escuela Oficial de Idiomas, Centro de Educación Especial, Guarderías, Centro de Atención Administrativa de la Junta de Agricultura, veterinarios de dos consejerías, sanidad (Hospital, Centro de Salud, 112), los llamados peoncamineros, Correos, residencia de ancianos... Seguridad omito algún servicio. Me parece que tal gente con empleo estable es vital en tiempos como los que corren. De modo que, con independencia de que todo es mejorable, me permitirán que les diga que me parece que no todo ha de ser crítica. Cuando estamos acostumbrados a escuchar que nada aportamos, se nos considera por alguno una especie de parásito, bien se debiera ponderar que, por lo menos en esta ciudad, somos un pilar de la economía nada desdeñable. Hagan números, el algodón no engaña. Y, por supuesto, prestamos a los administrados, bien cerca, servicios que intentamos sean de calidad.

Juan Carlos Fernández  
www.juancarlosfernandez.com

